

rechazados el mismo día en todas las ciudades importantes, salvo Dunkerque. Reducido á Dunkerque y á Cambray, «burlado en Francia, despreciado de los españoles y aborrecido de los Estados» (1), el jóven príncipe se ocultaba en Dunkerque (2) continuando sus negociaciones con el príncipe de Orange para la libertad de Fervacques y demás prisioneros sobrevivientes (3); esta insistencia humilde, aunque honrosa, acabó de desacreditarlo. «Se ha conducido mal, decía un ministro francés (4), en la resolución y ejecución de la empresa y no se ha conducido mejor despues en lo que ha hecho y tratado con los Estados.» Para evitarle la humillación de la fuga, le envió su hermano (5) con el obispo de Vannes la órden de volver á Francia, en cuya virtud salió de Dunkerque el 18 de junio.

El obispo de Vannes llevaba también á Alejandro Farnesio en nombre de Enrique III la desaprobación oficial de la empresa de Amberes. Pero Francisco de Valois no había esperado este paso para iniciar por sí mismo singulares negociaciones con España. Desde abril, tres meses despues de la catástrofe de Amberes, mientras aparentaba reconciliarse con los Estados por mediación del príncipe de Orange, ofrecía renunciar en favor del rey de España sus comprometidos derechos sobre las Provincias Unidas por el precio de trescientos mil escudos de oro, y la cesión en toda soberanía de las ciudades de Dunkerque, Calais y Berg-Saint-Vinox con sus territorios (6). Su secretario italiano, Julio Rici, tenía entrevistas secretas con Farnesio en Bruselas y con Tassis en París.—¿No se podría comprar á ese Julio Rici? preguntaba Felipe II (7).—No os dé cuidado ese príncipe, contestó Tassis (8); está

(1) D'Aubigné.

(2) Un pedante del país hizo los versos siguientes sobre el desastre de Amberes:

*Flebile facisti facinus; felixque suis  
Foedifragos fugiens, foedigraphosque fugans.  
Elere facis Flandros, faustum, fera Francia, foedus  
Frangendo fugiens, fas fugiendo facis.  
Flos fueras florum, fax fies, Francia, facis,  
Foedifragum Francum fama fuisse feret.  
Festivum facies feritate Francie finem  
Flandrorum frustra funera foeda facis.*

(3) Busbecque al emperador, tom. III, pág. 183, del 1.º de junio de 1583.

(4) Villeroy á Matignon, pág. 59, del 27 febrero 1583.

(5) Ms. Bibl. nac. franc. 3396, fol. 26.

(6) Ms. Arch. nac. K. 1562, pieza 56, abril de 1583. Farnesio á Tassis.

(7) *Ibid.* pieza 63. «Si pudiese salir con ganar á Julio Rici.» La pieza 56 es la carta de Parma á Tassis; la pieza 57, la de Tassis al rey, y la pieza 63 la del rey á Tassis. No sé si este hecho era muy conocido.

(8) *Ibid.* K. 1562, pieza 72. «Favorecer á una viuda tan trabajada.»

fatigado con los Países Bajos y fácilmente se dejará tentar por el honor de ir á libertar á María Stuardo, y nos desembarazáramos de sus pretensiones con prometerle secundar sus tentativas en favor «de una noble viuda, cruelmente perseguida.»

En efecto, no sólo aparentó Francisco dejarse seducir por este proyecto, sino que la misma Catalina llamó al embajador Tassis, derramó delante de él sus fáciles lágrimas y le dijo: Me crece la vejez, la cual algún día se puede acabar cuando ménos se piense: tengo gran deseo de que se allanen las diferencias que andan entre el rey de España y mi hijo, porque por otra parte tampoco es mozo Felipe y por la misma razón no ménos sujeto de acabarse (9). Contraigamos una unión indisoluble para libertar á María Estuardo y ganar la Inglaterra á la religión.»

Si Isabel conoció estos manejos del prometido á quien suponía tan enamorado y fiel, debió sentir mayor odio contra la rival á quien seguían prefiriendo los príncipes y á quien sólo respetaba la edad al parecer. Pero debió informarse, sobre todo, de los proyectos más serios que Felipe II estudiaba contra ella de acuerdo con el duque de Guisa. El éxito obtenido por Farnesio rompió las negociaciones de Francisco. «Insisto siempre en lo de las provisiones de dinero, escribía Farnesio (10); pues sin él es imposible salir con lo que se querria.» Despues desbarataba los últimos destacamentos franceses (11), sitiaba á Dunkerque (12) que sólo defendían ya seiscientos hombres (13) y cuyos habitantes estaban decididos á entregarse (14); en fin tomaba con Dunkerque á Nieuport (15).

Los estados confederados no estaban ya en aptitud de defenderse desde la partida de los franceses y enviaron á Enrique III diputados afligidos, que hicieron ofrecimientos tan ventajosos que apenas pueden creerse (16). Despedidos cortésmente, volvieron los enviados al cabo de tres meses provistos «de los más ámplios poderes para hacer nuevos ofrecimientos» (17);

(9) Ms. Arch. nac. K. 1562, pieza 72.

(10) *Ibid.* K. 1561, pieza 82. Farnesio á Idiaquez, autógrafo del 4 julio 1583.

(11) *Ibid.* pieza 87, del 14 de julio, y *Corresp.* de Busbecque, tomo III, pág. 193.

(12) *Ibid.* pieza 95, del 2 agosto, Tassis á Felipe II.

(13) «No son muchos,» escribe Felipe al margen de la carta.

(14) «Son burgeses muy puestos en concertarse.» Ms. Arch. nac. K. 1561, pieza 95, Busbecque, pág. 202, del 10 agosto 1583.

(15) Arch. nac. K. 1561, pieza 95, del 2 de agosto.

(16) *Corresp. de Busbecque*, t. III, pág. 278, del 18 agosto 1583.

(17) *Ibid.* pág. 293, del 15 diciembre.

pero al lado del partido que pedía la intervención francesa, se agitaba el de los que «escribieron al duque Juan Casimiro rogándole se sirviera enviarles de nuevo á Hembyze y Dardenius para barajar mejor las cartas» (1). Hembyze volvió muy luégo á Gante, donde vino á ser el ídolo del pueblo, se rodeó de una guardia de alabarderos y redujo á prisión á cuantos eran de parecer de reconciliarse más bien con el duque de Anjou, lo que no fué parte á impedirle que se ofreciera secretamente en venta á Alejandro Farnesio, deseando «que el honor de esta reconciliación no se concediera sino á él.» Y se cerró la venta. El tribuno popular entregó desde luégo la ciudad de Alost á Farnesio en garantía del convenio, y Ryhove, el otro tribuno de Gante, trató igualmente la venta de Dendermonde.

Farnesio sabía manejar á los jefes de la democracia, como á los de los cuerpos militares, y todavía una casualidad inesperada vino á favorecer sus manejos. Súpose de repente que Francisco de Valois acababa de morir á los treinta y cuatro años (2). Los pormenores de su enfermedad no dejan sospechar que Felipe II se desembarazara de este competidor por medio del veneno. Un escudero del príncipe, La Fougere, anotó los síntomas de sus últimos días (3), y los médicos de la corte extendieron una memoria ó declaración de autopsia (4): la enfermedad está claramente caracterizada y no cabe dudar. Puede, pues, descargarse de esta muerte á Felipe II; y es conveniente notar, precisamente en el momento en que se consuma un crimen análogo, preparado por él desde muchos años ántes.

#### V.—Asesinato del príncipe de Orange

La idea de desembarazarse del príncipe de Orange por medio del asesinato fué sugerida al duque de Alba el día siguiente de la jornada de San Bartolomé. El duque de Guisa acababa de enviarle por conducto de su albanés Nicolo la cabeza del asesinado Coligny. ¿Por qué no librarse igualmente del otro adversario? Nicolo se ofrece á este empeño (5); pero ¿tendrá escrúpulos el rey Felipe? Hay que sondearlo, y al intento, Albornoz, el secretario tuerto,

(1) Le Petit, *Crónica de Holanda*, tom. II, pág. 478.

(2) El 11 junio 1584, y no el 10, como se indica ordinariamente.

(3) Ms. Bib. nac. franc. 3902, fol. 283.

(4) *Ibid.* fol. 289. La enfermedad es una neumonía doble en supuración.

(5) *Mem. Real Acad. de historia*, tom. VII, pág. 383, y *Corresp. de Guillermo*, tom. VI, feb. 1573.

escribe misteriosamente á Zayas, el secretario de Estado que gusta de presentes: «El que trajo la cabeza del almirante ofreció derribar otra.» Felipe escribe al margen de su puño y letra: «No entiendo esto, porque no sé yo adonde se trujo la cabeza del almirante, ni quién es esotra, aunque parece que podría ser la de Orange. Ciertamente que han sido para poco en no darle acero, que es el mejor remedio (6).» Contento Zayas con esta nota de la real mano, contesta á Albornoz: «Lo que se procura de despachar los dos hermanos he referido á S. M. y se tiene dello por muy servido: si es como se pretende, daremos una particular alegría y contentamiento á S. M.»

Apénas aceptada la idea, vino á ser dominante en el ánimo de Felipe II. Viendo su impaciencia, créese Zayas en el deber de repetir: «S. M. holgó dello como quien lo desea tan de veras, y mucho más holgara, si ambos hermanos (7) se quitasen de sobre la haz de la tierra. Manos á la obra.»

Pero el celo no es el mismo en los Países Bajos, sobre todo desde la partida del duque de Alba, y hé aquí cómo empiezan las dificultades. «De hacer matar al príncipe de Orange, no hallo hombre de quien pueda fiar que emprenda esto (8).» Y pone Felipe de su propia mano al margen de esta carta: «Algún de los exceptuados en el perdón general podría ser que lo hiciese porque le perdonasen.» Felipe II se obstina en este pensamiento, persigue sin descanso su ejecución y envía dinero al primer intrigante que promete envenenar al príncipe, á un escocés, al abad de Santa Gertrudis de Lovaina. «También, aconseja, en fin, el cardenal Granvela á su llegada á Madrid (9), también se podría al príncipe de Orange poner talla de treinta ó cuarenta mil escudos á quien lo matase ó dicesse vivo, como hacen todos los potentados de Italia, pues con miedo solo desto, como es pusilánime, no sería mucho moriesse de suyo, ó que algún desesperado dicesse el golpe.» Que me place, pone el rey; y envía á Alejandro Farnesio la órden de poner á precio la cabeza de Orange (10).

Como Requesens, procura Farnesio declinar toda responsabilidad en el acto, y hace obje-

(6) Carta del 17 julio 1573.

(7) Carta del 21 octubre 1573; el conde Ludovico vivía aún.

(8) Carta del 27 febrero 1574; á Zayas. Gachard ha reunido todos estos documentos en el tomo VI de la *Corresp. de Guillermo*.

(9) *Corresp. de Felipe II*, t. I, prólogo, p. 181. La carta es del 13 noviembre 1579.

(10) 30 nov. 1579.

nes, opone dificultades, y gana tiempo. «Algunas personas estiman, escribe (1), que podrá parecer bajeza é indecencia en un príncipe tan grande que habiendo comenzado contra él la guerra y empleado las fuerzas, viniera ahora á otro remedio.» ¡Nobles palabras! que prueban que son fijas las fórmulas del honor. No: no es lícito, como pretenden ciertos contemporáneos nuestros, que con inmoral espíritu de partido quieren justificar antiguos crímenes, tener en cuenta preocupaciones, sistemas ni épocas para apreciar la infracción de las eternas é inmutables leyes de la conciencia.

Las órdenes de Felipe II vienen á ser apremiantes (2): el texto del edicto de proscripción, retenido por espacio de diez meses (3) en manos de Farnesio, debe publicarse al fin. «A mí nunca me pareció bien el placarte y bando,» declara Farnesio (4); y cúmplele no ocultar sus sentimientos, porque al transmitir el vergonzoso edicto, dice en carta circular á todos los gobernadores: Como el Rey en dos cartas reiteradas nos manda expresamente publicar sin demora la proscripción y bando adjunto, no podemos menos de enviároslo, obedeciendo el mandato de S. M.

Este documento, que tanto repugnaba al gran Farnesio, ofrecía veinticinco mil escudos de oro al que matara al príncipe de Orange: Y desde luego lo ennoblecemos por su valor, añade el bando, y si se hace ayudar por otras personas, las ennobleceremos igualmente.

«Si los españoles tienen por nobles á esos hombres, contesta Orange, y si ese es el camino del honor en Castilla, bien se conoce que tienen por ascendientes judíos y moros: han heredado esta virtud de sus antepasados que vendieron á Jesús.»

Si Guillermo de Orange se hacia cortesano de las pasiones del vulgo, tiene á lo ménos el mérito de no haber pensado jamás en hacer asesinar á sus adversarios. Su contestación redactada por el francés Villiers (5) es correcta y enérgica. Presenta al príncipe entregado á los puñales por haber tomado la defensa de su patria, y recuerda la noble divisa de su casa: «Lo que vosotros resolvais para el bien y conservación de vosotros mismos, de vuestras mujeres y vuestros hijos, eso mantendrá yo.»

(1) *Corresp. de Guillermo*, tom. VI, del 28 enero 1580.

(2) Del 1.º y 18 mayo 1580.

(3) La publicación no se hace hasta agosto de 1580.

(4) Carta del 4 abril 1581.

(5) Este manifiesto se ha publicado muchas veces. Véase la edición de Leiden y la reimpression de Dumont, *Cuerpo diplomático*.

La resistencia de Alejandro Farnesio obliga al cardenal Granvela á tomar medidas por sí mismo para llegar al logro del proyecto homicida de Felipe II; y encarga á del Rio, que debe la vida al príncipe de Orange y administra las confiscaciones en Portugal, «que se amiste en Lisboa con los marineros holandeses tratando con ellos familiarmente á la flamenga, sabiendo como sabe la lengua, y que ó le traxessen vivo á S. M. ó le tractassen de manera que no hiciesse más daño» (6). Con todo eso, débese la primera tentativa á los españoles.

Habia en Amberes un vizcaíno, que estaba á punto de hacer quiebra: Gaspar Añastro, que así se llamaba el negociante, tenia por dependiente á un tal Juan de Jáuregui, cuya exaltación religiosa habia turbado su espíritu, y hubo de inducirlo á matar al príncipe ausentándose despues prudentemente para no comprometerse, con la reserva de obtener él solo el precio de la sangre, si no se malograba el golpe. Tres dias despues de la partida de Añastro, el viérnes 16 de marzo de 1582, Juan Jáuregui se confiesa con el dominico Timmerman, recibe de sus manos la comunión eucarística, y el domingo siguiente espera al príncipe de Orange á la puerta de la sala donde almuerza y le dispara un pistoletazo. El arma estalla y estropea la mano del asesino; la bala atraviesa la mejilla del príncipe y le rompe un diente, mientras el taco pega fuego á sus cabellos. Jáuregui es inmediatamente degollado, y encuéntranse encima amuletos, escapularios, papeles llenos de extrañas oraciones: «Al angel Gabriel me encomiendo con todo mi espíritu y corazón para que agora y siempre me sea intercesor á Nuestro Señor Jesu-Christo y á su hijo preciosísimo y á la Virgen y á todos los sanctos y sanctas de la corte del cielo de guardarme.» Se da muerte tambien, en virtud de sus confesiones, al dominico y al cajero de Añastro, que habian conocido el proyecto; pero el príncipe está más de un mes en peligro: sus hábitos de intemperancia ocasionaban recaídas (7); sólo pudo contener la hemorragia el médico piamontés de Francisco de Valois, Leonardo de Botal, que por medio de ayudantes que se relevaban sin interrupción hacia tener puesto siempre un dedo sobre la herida. La noticia de su muerte cundió por el Henao y por España.—No podría expresar á V. M., escribe Farnesio, que acaba por familiarizarse con esta idea, el contenta-

(6) Colec. de Groen Van Prinsterer, tom. VII, pág. 569.

(7) *Corresp. de Guillermo*, tom. VI, pág. 66.

miento que me cabe de haber visto imponer á este personaje el castigo que merecía: no se podría alabar ni encarecer bastante la increíble audacia del mozo que ha hecho acción tan heroica (1) «inspirado de Nuestro Señor con este sano intento (2)»—Granvela no tiene más que un pesar: ¡Lástima, dice, lástima que él y algunos otros de su cortejo no hubieran muerto diez y ocho ó veinte años há! No se hubiera perdido nada á mi entender (3).

Cuando se calculan estos golpes, no se piensa en todas las víctimas que hacen: las angustias de esta crisis acabaron á la princesa de Orange, Carlota de Borbon, la cual apenas pudo ver sano á su marido, pues muy luégo murió (4). En su tímido y solícito amor presentia que se preparaban nuevos peligros. Todos los alucinados y todos los facinerosos habian sido convocados por el pregon de Felipe II: ya es Ordoño que sale de España con seiscientas monedas de oro que recibe á buena cuenta de manos del rey (5); ya es Francisco de Práxedes que hace valer un título sério para invertirse de semejante misión: «Ha servido algun tiempo en las galeras (6).—Somos, dice, un centenar de desertores españoles que hemos sentado plaza bajo las banderas de Orange, y ofrecemos matarle en una sublevación militar, siempre y cuando se nos otorgue el perdón suficiente de todo lo hecho hasta aquí, sin tratar de interés, pues ese no nos mueve, sino nuestra conciencia y querer volver por nuestra honra como hombres honrados» (7). Los hombres dispuestos á todos los crímenes no faltan en los Países Bajos: un livonio sospechoso de atentar contra la vida de un alemán, confiesa que ha matado ya á dos comerciantes, á su hermano y á un sacerdote (8). Farnesio envia casi diariamente á las vueltas de Guillermo de Orange, hombres de esta estofa. «Le encaminé á ello, dice, si bien por diferente camino del que habian ydo ya otros antes dél, sin conocerse ni saber los unos de los otros, que eran todos Franceses, Loreneses, Ingleses, Escoceses, y del país (9).» Es ya indiferente á sus ofrecimientos, los acepta á la ventura, sin esperanza ni atención. En-

tre tantos, un loco es quien viene á dar el golpe.

Baltasar Gerard habia nacido cerca de Dole (10), era de genio extravagante y tenia declarado desde la edad de doce años que se creia predestinado á matar al príncipe de Orange. Creció en esta idea fija, y todavía se exaltó durante quince años (11). Las dificultades que tuvo que vencer, como campesino del condado, para llegar á Flandes é introducirse cerca del príncipe no hicieron sino exasperar más y más su pasión. Parecía ser tan poco dueño de sus facultades, que hubo de tenerlo por loco Farnesio cuando se le acercó á proponerle sus proyectos (12). El plan era absurdo y complicado. Gerard habia modelado en cera el sello del conde de Mansfeld, creia que lo recibiría de muy buen grado el príncipe cuando fuera á presentarle este sello, y daba por seguro matarlo al entregárselo.—Vé, hijo, vé y gana la inmortalidad, díjole el consejero de Assonville (13); el franciscano Gery le echó la bendición, prometiéndole rogar á Dios por él, y hé aquí á Gerard en camino de Delft.

Guillermo de Orange no lo recibió hasta pasados muchos dias, no lo escuchó tampoco al fin, encargándole sólo de llevar una carta á Chateau Thierry, donde estaba Francisco de Valois. Ya turbado por los insomnios y azuzado con instancia por los que le habian prometido «que sería puesto en el número de los mártires,» sabe Gerard en Francia la muerte de Francisco de Valois; la sorpresa aumenta el desórden de sus facultades, vuelve aceleradamente á Delft, compra un par de pistolas, carga con dos balas una y con tres otra, entra en el convento de Santa Agueda, donde habita el príncipe, lo ve bajar algunas escaleras bajo la bóveda, le suelta un pistoletazo en medio del pecho y huye. En la calle oye que lo persiguen; resbala en un monton de basura, selevanta, trepa á la muralla para saltar al foso y lo aprehenden aquí (14). En las primeras horas de su prisión tiene bastante calma para escribir en algunas páginas una relacion de su vida con curiosa lu-

(10) En 1557.

(11) *Corresp. de Guillermo*, tom. VI, pág. 200.

(12) *Ibid.* tom. VI, p. 200, el 21 marzo 1584.

(13) *Ibid.* pág. 141.

(14) Las menores circunstancias son conocidas por los documentos siguientes: La relacion oficial, pág. 126 á 144 del tom. VI de la *Corresp. de Guillermo*; el manuscrito de Fray Juan Ballin, *ibid.* p. 144 á 157; el capítulo de Renon de Francia, *ibid.* p. 157 á 163; la confesion de Gerard, *ibid.* pag. 163 á 169; y la carta de Aerssens, *ibid.* p. 186 á 194. Véase tambien: *Los crueles y horribles tormentos de Baltasar Gerard, Borgoñon, verdadero mártir*, 1584, imprenta de Juan del Carroy en el Monte Saint Hilaire.

(1) *Corresp. de Guillermo*, tom. VI, pág. 69.

(2) *Doc. inéd.* tom. VII, pág. 353.

(3) *Corresp. de Guillermo*, tom. VI, pág. 106. Granvela al cardenal de la Baulne.

(4) Nació en 1557 y murió en 1582. Es la tercera mujer de Guillermo y dejó seis hijas.

(5) *Corresp. de Guillermo*, tom. VI, pág. 79.

(6) Ms. Arch. nac. K. 1561, pieza 104, Tassis á Farnesio.

(7) *Ibid.*

(8) *Com. real de hist. de Bélgica*, t. XI, pág. 13.

(9) *Corresp. de Guillermo*, tom. VI, p. 167.

cidez. Explica su *inveterada deliberacion*, se acuerda de la segunda pistola y le pesa no haberla empleado. «No he tenido la advertencia de hacer el segundo disparo de que tengo gran pesar y descontento.» Ignoraba entonces que el príncipe había caído muerto de un balazo en el corazón (1). Pero no se deja mucho tiempo al asesino entregado á sus recuerdos: se le saca del calabozo y se le entrega por espacio de tres días á los más ingeniosos verdugos, descubriéndose entonces con estupor que ningún dolor obra sobre él: sus nervios tienen completa insensibilidad. «Azotaronlo cruelmente dos ó tres veces, y untándole todo el cuerpo con miel, le echaron un macho cabrío para que lamiéndolo con su áspera y escabrosa lengua le arrancase la piel y aún la carne al mismo tiempo... Después de torturado rigurosamente por varias maneras, lo pusieron en un harnero, atado de pies y manos en forma de bola, y no cesaron de atormentarlo para impedirle que durmiera en las noches siguientes, inventando todos los géneros de tormentos que pudieron imaginar: estando pendiente en el aire, le ataron al dedo gordo del pié un peso de ciento cincuenta libras... introduciéndole entre uña y carne largas agujas. No daba ningún grito ni señal de dolor, ni hacía ningún movimiento (2). En mi vida he visto en hombre mayor resolución ni constancia. Ni una vez dijo ¡ay de mí! sino que en todos los tormentos se mantuvo callado, diciendo sólo oraciones en voz baja, á lo que pudo creerse por el movimiento de sus labios (3).»

Luégo que se cansaron los atormentadores (4), se pasó á la ejecucion. Gerard, que tenía los piés estropeados por la tortura, pudo sin embargo andar hasta el suplicio, sin revelar ningún dolor; hasta se le vió sonreír cuando un ayudante del verdugo se hirió con las herramientas que se iban á utilizar. El primer instrumento empleado para la ejecucion fué un tornillo de hierro que, enrojecido al fuego, sirvió para quemarle la mano derecha. Gerard levantó el mutilado y humeante brazo con cierto orgullo tranquilo. Acto seguido, se le tendió en un banco y se le fueron arrancando uno á uno músculos y huesos. «Cuando se le arrancaba la carne de los miembros con tenazas candentes,

(1) Una de las balas le traspasó el corazón; la otra se le quedó en el mismo corazón. Este hecho hace inverosímiles las palabras que los escritores protestantes atribuyen al príncipe en aque momento.

(2) Relacion de Juan Ballin.

(3) Relacion de Aerssens.

(4) Recibieron 55 libras cada uno, suma excesiva para aquel género de trabajo en aquella época.

no dió ningún grito ni lanzó el mas ligero suspiro, lo que hizo creer á los holandeses que estaba poseído del diablo, y á los españoles que no sino de Dios estaba asistido (5).» Los testigos de todas las naciones que presenciaron tales escenas están unánimes en admirar «su impasible semblante y su inquebrantable valor (6).»

Hoy se comprende claramente que Baltasar Gerard estaba en una de esas crisis del delirio que lo trabajaba de quince años atrás: estos fenómenos de aberracion nerviosa son ya bien conocidos (7). Así, puede decirse que el verdadero culpable no fué el alucinado místico que en un largo acceso de éxtasis soltó el pistoletazo, sino Felipe II. Y Felipe II no pudo prevalecerse de las consultas de sus casuistas: por seductores que sean los sofismas destinados á engañarla, la voluntad peca siempre cuando llega á violentar á la Providencia. El pobre asesino es sólo un instrumento, y aún pudiera decirse una víctima.

Sólo al cabo de quince días supo Alejandro Farnesio que estaba muerto su adversario, y creyó que Gerard dejaba por ejemplo al mundo una memoria heroica de sí y de su acto (8). Granvela por su parte decía: Francisco de Valois y Guillermo de Orange están muy bien donde están (9), y si la reina madre muriera también, no se perdería gran cosa (10). Pero Felipe, que no había entregado á Añastro la recompensa prometida (11), hubo de tardar mucho en poner el precio convenido en manos de los herederos de Gerard. Al cabo de cinco años, los solicitantes habían gastado seis mil escudos muy caramente tomados á préstamo sin haber recibido más que títulos de nobleza (12).

Guillermo de Orange murió como Coligny. Los dos fueron siempre desgraciados en sus empresas militares; pero Coligny se declaró calvinista en cuanto su conciencia creyó poseer la verdad. Guillermo de Orange simuló mucho tiempo un apego engañoso al dogma católico;

(5) Du Maurier, *Memorias*, pág. 150.

(6) Relacion italiana de los Ms. de Berlin. Extracto dado por Gachard en el *Bolet. Com. real hist.* año 1873, p. 62.

(7) Estas perturbaciones de la enervacion que se observaban en los poseídos (*Malleus maleficorum*, pág. 166), los convulsionarios y magnetizados y se observan también en los derviches volteadores y aulladores, los aisauas y los faquires, están perfectamente clasificados y definidos por la ciencia. V. Calmeil, *De la locura*, descripcion de las grandes epidemias de delirio; Landouzy, *De la histeria*, y las observaciones sobre la catalepsia, histeria hechas por Charcot, Bourneville, Richer.

(8) *Corresp. de Guillermo*, tom. VI, pág. 125.

(9) *Ibid.* p. 126.

(10) *Ibid.* p. 199.

(11) *Ibid.* p. 110.

(12) *Ibid.* p. 225. Del 4 de marzo de 1589.

tuvo condescendencias con todas las sectas y debilidades para todos los fanáticos, habiendo alejado con una política demasiado hábil á los hombres que, sin él, hubieran podido servir para la emancipacion del país. Coligny, sincero en su fe, piadoso para con su Dios, supo sin embargo preferir su patria; se retiró con horror

de la guerra civil, arriesgó su religion y sacrificó su vida por no continuar la obra de destruccion contra Francia. No conocía las intrigas de la ambicion ni las concupiscencias de la tierra, ni el desaliento en los reveses de fortuna, alabando á Dios hasta en las crisis más terribles.

## CAPITULO VI

EL DUQUE DE GUISA

1582—1588

UNION DE ENRIQUE DE GUISA Y FELIPE II CONTRA ISABEL.—CONSTITUCION DE LA LIGA.—  
ÚLTIMOS AÑOS DE ENRIQUE DE GUISA

I.—Union de Enrique de Guisa y Felipe II contra Isabel

Felipe II no había renunciado nunca á su deseo de recobrar la autoridad en Inglaterra. Comprendía las ventajas de la restauracion del catolicismo entre los ingleses, y quería también destruir toda esperanza de socorro que fundaran en Isabel los protestantes holandeses. Pero si bien concedía poco al sentimiento caballeresco de hacerse el campeón de María Estuardo, sabía que la imagen de la viuda perseguida no dejaría de impresionar la imaginacion del duque de Guisa; y para arrastrar á los Guisas á una lucha contra Inglaterra, hubo de explotar hábilmente las desgracias y los derechos de María Estuardo.

Las relaciones de la casa de Guisa con España se habían reanudado hacia muchos años por los buenos oficios del cardenal de Lorena; pero podían excusarse hasta entonces bajo el pretexto de sostener la causa católica en Francia: Enrique, duque de Guisa, acometió el empeño de hacerlas servir á sus intereses privados, fuera que la esperanza del trono hubiera nacido ya en su corazón, fuera que las deudas que lo agobiaban hicieran necesarios subsidios en dinero. A la hora en que comienza la serie de sus traiciones, se debe recordar que no pueden justificarse por la paradoja de que el sentimiento del patriotismo no se había desenvuelto aún, porque un siglo ántes se decía ya del caballero Bayardo (1): «Nunca quiso servir más que á

su príncipe, bajo cuya mano no poseía grandes bienes, habiéndoselos ofrecido mayores en otra parte. Pero siempre decía que moriría por sostener el bien público de su país.»

Desde 1581 figura el duque de Guisa con el seudónimo de *Hércules* en la correspondencia de los españoles, como un agente secreto (2), da informes políticos, pide dinero y obtiene al fin en setiembre de 1582, una orden de Felipe II para cobrar diez mil escudos (3). «Demás de lo dicho arriba, escribe el rey al firmar la carta cifrada, podreis decir á *Hércules* que mire que en lo de la religion se puede tener tan poca seguridad del primero que allí se dice como del segundo.» (Enrique III y Enrique de Navarra.)

El enganche de tan valioso agente no hubo de confiarse al embajador Tassis, habiéndose necesitado para ello las gestiones del confidente especial Don Juan Moreo.

Moreo, hoy olvidado, era famoso entre los españoles de su tiempo por esta conquista del duque de Guisa. «Ese, pobre caballero de Malta, decían (4), llegó á ser primer móvil de

(2) Ms. Arch. nac. K. 1560 y 1561. Lo que ha engañado sobre la época de estas primeras relaciones es la costumbre de ver al duque de Guisa con el seudónimo de *Mucio*. Este seudónimo no aparece hasta principios de 1584 (en abril, si no estoy equivocado, K. 1563, pieza 7); hasta esta época se llama *Hércules* el duque de Guisa en las correspondencias españolas. Lo que hizo cambiar la cifra fué sin duda un accidente del género del de Miguel Vaez. En cuanto á la atribucion de *Hércules*, véase K. 1561, piezas 18, 53, 60, 76, 90 y sobre todo K. 1573, pieza 14. En fin K. 1571, pieza 78, dice (pág. 1.ª) que Guisa envió á Meneville á Escocia. Lo que sigue completa la prueba.

(3) Ms. Arch. nac. K. 1573, p. 14.

(4) Coloma, edic. Ribadeneira, p. 33.

(1) *Loyal Serviteur*, pág. 427, edic. Soc. hist. franc.